

á uno una cosa cara á cara sin reparo ni miramiento (que es como ellos dicen los desatinos). Se la *chantó*.» Pero, ¿dónde se dice eso? ¿En la Academia? Porque en el resto de España se dice *se la plantó*. El otro artículo dice: «*Chantar*: pr. Gal. (provincia de Galicia). Cercar con *chantos* una heredad.» Repito lo de antes. Para que esta palabra pueda estar en el Diccionario, háy que poner también esta otra: «*ASTUA*: pr. Viz. (provincial de Vizcaya.) El... académico.

¡Qué *CHANZONETAS* gastan los académicos! ¡Pues no dicen que esta palabra *CHANZONETA* viene del francés *chanssonette* (cancioncilla), y que es «nombre que antes se daba á coplas ó composiciones en verso, ligeras y festivas, hechas *por lo común* para que se cantasen (ellas solas) en Navidad ó en otras festividades religiosas!...» ¿De qué les saldrá llamar *chanzonetas* á los villancicos?... Y después, es claro, ponen otro artículo para decir que *chanzonetero* es «el que compone *chanzonetas*», lo mismo que *diccionariero* es el que compone Diccionarios, aunque esto se lo callan.

En el artículo dedicado á la *CHAPA*, después de otros desbarros, definen el juego popular diciendo: «pl. Juego entre dos ó más personas, que consiste en *tirar por alto* dos monedas *gemelas*»; y como en la definición del adjetivo *GEMELO*, *LA*, no dan más acepción que la de «cada uno de dos ó más hermanos nacidos de un parto», resulta que, de hoy en adelante, el que quiera jugar á *LAS CHAPAS* tiene

que esperar á que algún académico de los que tiran por alto pares de... definiciones malas, en vez de seguir pariendo desatinos, pára un par de monedas.

Chapalear no es *chapotear*, (que tampoco se dice, sino *CHAPITEAR*), ni es *chacolotear*, ni nada; pero tampoco *chapapote* es académico, como pudiera creerse, sino «brea natural que se encuentra más ó menos líquida en las islas,» etc., «y en otros puntos», de modo que debe encontrarse también en los académicos, que son verdaderos *puntos* en materia de lenguaje. Por eso dicen que *CHAPARRA* es *CHAPARRO*, y que *CHAPARRO* es «mata de encina, de muchas ramas y poca altura», con lo cual demuestran que ni saben lo que es *MATA*, ni lo que es *CHAPARRA*, ni lo que es *CHAPARRO*, ni que *CHAPARRO*, *ERRA*, es adjetivo, cuyos diminutivos *CHAPARRETE*, *TA*, y *CHAPARRETO*, *TA*, se usan en arquitectura especialmente.

Pero á ellos que no les pregunten por palabras usadas, sino por las que no se usan, como *chapatal*, *chapel*, *chapelete*, *chapelo*, *chapería*, *chaperón*, *chapescar*, *chapelón*, *chapetonada*, etc.: éstas no las omiten. Dirán que *CHAPÍN* es «especie de chancho», lo mismo que podían haber dicho especie de alforja; dirán que *CHÁPIRO* «se emplea únicamente con expresiones de enojo», y que *CHAPÓ* es «partida de billar que ordinariamente se juega entre cuatro, y en que por medio de bolas sacadas

de un bombo (de donde ellos no han podido sacar sentido común) designa la suerte los jugadores que han de ir de compañeros»; pero todo esto es porque no han visto *CHAPINES*, ni han reparado que ¡*VOTO AL CHÁPIRO!* apenas se dice sino en broma, ni saben que *CHAPÓ* es en el billar el lance de derribar todos los cinco palos, sin que tenga nada que ver con el nombre del juego el procedimiento empleado para designar los compañeros.

El *chapón* y la *chapona* no son, como parecen, marido y mujer. Bien lejos de eso, el *chapón* diz que es «borrón grande de tinta» y la *chapona* «chambra» (aunque en la república del Plata es chaqueta); así como *CHAPUCERÍA* dicen que es «en algunas partes embuste», pero no dicen que en todas partes es Diccionario... de la Academia.

Que la *CHAQUETA* sea «prenda de vestir con mangas», pase, porque á los académicos no se les pueden pedir primores; aunque la chaqueta, que casi todos ellos están cansados de voltear, bien podían definirla mejor, y aun consignar al lado de la definición la frase *voltear ó volver la chaqueta*, y no omitir el adjetivo *CHAQUETERO*, que habiendo académicos volubles suele hacer falta. También puede pasar que *charal* sea pececillo en Méjico, y *charamusca* confitura, también en Méjico, y que la *CHARCA* y el *CHARCO* se diferencien en ser la primera «depósito algo considerable de

agua detenida en el terreno», y el segundo «agua detenida en un hoyo ó cavidad de la tierra.» Pero no está tan bueno que la CHARLA sea no más la «acción de charlar,» y no sea también el conjunto de palabras sin sustancia; como no está bueno tampoco que CHARLATANEAR sea lo mismo que CHARLAR, porque cualquiera charla una vez, mientras que sólo el charlatán CHARLATANEA.

Tampoco está bien lo de la CHARPA, «*especie de tahalí, en cuyo extremo hay un pedazo de vaqueta ó ante, donde se enganchan varias armas de fuego.*» ¿Es esta la charpa del epigrama de Iglesias,

«Al andaluz más valiente
De todos los andaluces,
Cuya CHARPA omnipotente
Pobló estos barrios de cruces?...»

¿Y la CHARRETERA? Pues la charretera para los académicos es «tira de paño, seda ú otro género, que se sobrepone al extremo inferior del calzón para sujetarle á la pierna por medio de una hebilla pequeña.» Esto es para los académicos, en primer término, la *charretera*; y en segundo, «esta hebilla», es decir, la *hebilla pequeña* de la *jarretierre* ó de la LIGA de que hablaron antes; sólo en tercero y último lugar se acuerdan de la única acepción que tiene en castellano la palabra CHARRETERA, y la dedican una mala definición, que dice: «Di-

visa militar de oro, plata ó seda, que se asegura *al hombro* y *cuelga* sobre el brazo.» ¡Y cualquiera se forma por estos datos idea cabal ó aproximada de lo que es CHARRETERA!

Charriote no es carro, sino tontería, y CHARRERO, RRA, no es del vascuence *zar*, viejo, sino del vascuence *charr*, feo. Han oído vascuence, pero no han oído bastante. ¿Y de dónde es la frase *abrir chasco*? ¡Encuentran ellos unas frases!...

Chasqui, chatre, chayote, etc., dicen que son voces americanas, y *chaul* tela de seda, y *chanz* portero, y *chavari* «*especie de lienzo*», y despues de todo esto disparatan en la definición de CHAZA, omitiendo su principal acepción, la de MUEZCA, y en la de CHAZADO y en la de CHAZAR, que confunden con RECHAZAR, y ponen *chepo* diciendo que es PECHO, como pudieran decir que *taga* es GATA, y ponen *cherriado, cherriador, cherriar, cherrido, cherrión*, diciendo que son lo mismo que CHIRRIADO, CHIRRIADOR, etc.

Dos artículos dedican á la palabra *chia*: uno para este mundo y otro para el otro. En este mundo dicen que es manto *negro* y *corto* (como si dijeran *moreno* y *asturiano*), regularmente de bayeta, que... cubría hasta las manos...» ¡Pues si no llega á ser corto!... Además es *chia* «parte de una vestidura, llamada *beca*, hecha de paño fino *con una rosca*, que se ponía en la cabeza, de la cual (¿de la cabeza?) bajaban

dos faldones, *que caían* (esto es lo más triste!), uno hasta el pescuezo y el otro como media vara hacia las espaldas, con que solía embozarse (¿con las espaldas?) y era insignia de nobleza y autoridad.» Insignia de tontería si que es la tal definición; porque ¡cuidado que tiene desatinos! La otra *chia*, la del otro mundo, diz que es «semilla de una especie de *salvia* que, remojada en agua, suelta gran cantidad de mucílago...» sin que nos digan, remojada en vino, qué es lo que suelta.

Y siguen soltando palabras como *chiar*, que diz que es *PIAR*, y *chíbeha* y *chibuquí*, que diz que son un individuo de un pueblo que habitó en Bogotá, y una pipa. No dicen de donde es provincial *CHICADA*, «rebaño de corderos enfermizos.» Aseguran que en el trato común se llama *chicos* á personas de cierta edad, para ver si á alguno se le escapa decir que son *buenos chicos* los académicos, y contra lo prometido en el prólogo de omitir los diminutivos en *ico*, *illo*, *ito*, ponen *chicorrotico*, *ca*, *chicorrotillo*, *lla*, *chicorrotito*, *ta*, y *chicorrotin*, *na*, sin duda porque no existen ni los dice nadie más que algún académico ó algún zafio, pues como se dice es *CHQUIERTICO*, etc., y *CHQUITICO*, sin el *rrí*.

Que *Chichimeca* sea el individuo de una tribu que se estableció en Tezcoco, y mezclada con otras fundó... lo que ellos quieran, no tiene importancia. Más curioso es que *chi-*

chisveo sea «obsequio continuado de un hombre á una mujer,» y sea también «este mismo hombre.» Para los académicos, lo mismo es hombre que obsequio, y lo mismo debe valer *académico* que *obsequio continuado* al habla castellana. Así es que continúan obsequiándola con presentes como *chichota*, que dicen que se usa en algunas partes (sin decir en qué partes) sólo en la frase «sin faltar *chichota*», que quiere decir «sin faltar la más mínima circunstancia.» Y efectivamente, porque no le falte *chichota* ó mínima circunstancia al Diccionario para ser malo, después de decir que *chilanco* es «pozo ó charco», y *chilar* sitio poblado de *chiles*, y *chile*, *ají*, y *chiltipiquin* pimiento rojo, viene lo de llamar *chilla* á la tabla de *TILLA* y *chillado* al *TILLADO* y *chillón* al clavo de *TILLAR* con todos los demás disparates anejos que ya consigné en otro artículo; y sin hacer mención de la conocida frase «naranjas de la China», dicen que *CHINARRO* es «piedra algo mayor que una china», sin darnos la medida para saber dónde acaba la una y dónde empieza el otro.

Que la *CHINCHE* es «insecto del tamaño de una lenteja, *sin alas*», que «corre mucho y principalmente de noche»; que la *CHINELA* es «calzado á modo de zapato, que sólo se usa dentro de casa», y además «especie de *chapín* de que usan las mujeres en tiempo de lodos»; que *chinquirito* es aguardiente y *chi-*

pichipi llovizna, y *chiqueadores* «rodajas de carey, adorno mujeril, ó «rodajas de papel que untadas de sebo ú otra sustancia, se pegan en las sienes como remedio para los dolores de cabeza»; que *CHIUERO* es zahurda y *CHIUICHAQUE* «el que sólo tiene por oficio *aserrar* piezas de madera donde le llaman», para diferenciarse de los académicos que sierran y despedazan el idioma aunque nadie les llame... Todo esto dice el Diccionario en dos columnas.

Y todavía dice sin salir de ellas otra cosa mejor, y es lo de «*CHIRIMBOLO*, m. utensilio, vasija ó cosa semejante.» Me figuro que esta definición la habrá hecho en un arrebató de mal humor cierto académico ingenioso que, por haber hablado una vez de los *CHIRIMBOLOS* de la monarquía, no ha podido nunca llegar á ministro. Pero de todos modos, eso de «*utensilio ó vasija...*» ¿Pues acaso vasija y utensilio son sinónimos, ó, por el contrario, acaso la vasija no es utensilio?

A más de que para definir con esa deliciosa vaguedad, diciendo que *chirimbolo* es «*utensilio, vasija ó cosa semejante*», tanto valía esta otra definición, que es mucho más breve: *CHIRIMBOLO*, m. Cualquier cosa.»

LV.

Para los académicos *CHIRIPA*, *CHIRIPEAR* y *CHIRIPERO* son palabras del juego de billar exclusivamente; como si no fuera *chiripa* el ganar por casualidad en los demás juegos, en el de la política, verbigracia; como si Cánovas no hubiera llegado á presidente del Consejo por *chiripa*, y como si la mayor parte de los académicos no hubieran entrado por *chiripa* en la Academia.

Y académicos de *chiripa* necesitaban ser para decir que *CHIRRIDO* es «*voz ó sonido agudo*», y *chirrió* «*ruido desapacible*»; como si el *chirrió* fuera otra cosa que el *CHIRRIDO*, sin una *d*, que en esta y en otras palabras como *PRADO*, *TEJADO*, *ESTADO*, escriben y no suelen pronunciar la mayor parte de los españoles.

Siguen diciendo los de la calle de Valverde que *chirrión* es «*cairo fuerte*», y *chirriero* «*mozo que le conduce*», y añaden que *¡chis!* es interjección que vale lo mismo que *CHIRÓN*, aunque esa interjección no es *¡chis!* sino *¡chist!* y por eso el verbo á que ha dado ori-

gen no es *chisar*, sino CHISTAR; pero los académicos no han caído en la cuenta, y cuando llegan á este verbo CHISTAR dicen que es «prorrumpir en alguna voz», lo cual es por su parte prorrumpir en un desatino. Porque CHISTAR es decir ¡CHIST! y las frases «sin chistar» y «no chistó» dicen literalmente sin hacer *chist*, no hizo *chist* y valen tanto como en silencio, guardó silencio.

Que era lo que debían hacer los académicos para no decir más disparates como este otro de que *chis, chis*, esto es, el mismo *chis* de antes dicho dos veces, es otra interjección que equivale á ¡*chel*! ó este otro de que CHISTERA es sombrero *redondo*, ó digamos hongo, cuando es precisamente lo contrario, sombrero de copa alta.

Con la palabra *chito* bautizan una «pieza de madera ó de otra cosa (siempre dicen así para no errar, y así y todo yerran á cada paso) sobre que se coloca el dinero en el juego del *chito*.» Lo que hay es que esa *pieza* de *madera*, y no de otra cosa, porque siempre es de madera, de forma cilíndrica ó de forma de dos conos truncados unidos por el círculo menor, y de unas tres pulgadas de altura por una de diámetro en las bases, se llama TARUSA (de *taruga*) y también HITA (de *hito*) y por corrupción NITA, y de la NITA, de la HITA y de la TARUSA se llama el juego, y no del *chito*, á no ser en alguna provincia

que los académicos sabrán, ó no sabrán, cuál sea. Como desde luego no saben que la interjección ¡CHITO! se usa para reñir á los perros.

CHIVO dicen que es cabrito; y CHIVA, cabrita, naturalmente. Esto está bien. CHIVATO dicen que es «chivo que pasa de seis meses y no llega al año». ¿Y CHIVATA?... Vds. creerán que es chiva que pasa de los seis meses y no llega al año, ¿no es verdad?... También lo creía yo; pero no hay tal cosa. Chivata es «porra que traen los pastores»; y al que no le guste así que se vaya á la porra, que allá encontrará á los académicos.

Los cuales, aunque quiera tomar chocolate, no le llevarán á la CHOCOLATERÍA de doña Mariquita ni á ninguna otra, porque no saben que hay establecimientos que se llaman así, ó por lo menos no dan á la palabra chocolatería esta principal acepción en el Diccionario. La dan en cambio otras dos que no la corresponden, porque la «casa donde se fabrica el chocolate» se suele llamar confitería, si se fabrican también otros dulces, y si no, fábrica de chocolate; y la «casa donde se vende», ó se llama confitería ó tienda de ultramarinos. De modo que la chocolatería no es la casa donde se fabrica el chocolate, ni la casa donde se vende, como dicen los académicos, sino la «casa donde se toma», y ésta los académicos la omiten.

Pero luego dicen que CHOCHO es «confitura de azúcar *muy dura*, con una *rajita* de canela en medio, cuya forma (¿la de la rajita de canela?) es la de un rollo pequeño.» Y sin decir dónde se llama chocro esa confitura, añaden que el rollo en plural es «cualquiera cosa...» Eso; cualquiera cosa son todas las cosas para los académicos cuando definen. «Cualquiera cosa de dulce que se *ofrece ó da* á los niños porque callen *ó para que hagan lo que no quieren.*» ¡Qué manera de definir! ¡Cualquiera cosa de dulce ó de amargo se les podía dar á los académicos porque callaran ó porque hicieran lo que no saben hacer, un Diccionario pasadero.

Donde no dijieran que CHOPA es «pez pequeño» en lugar de decir que es el chopo destinado á la reproducción, esto es, cortado á las tres varas de altura y cubierto de céspedes el corte á fin de que eche vástagos para plantar.

Del participio pasivo CHORREADO, que por excepción han puesto, dicen que está anticuado y que «aplicábase á cierta especie de raso», como si no se usara mucho en el día aplicado á los toros y *otras cosas* que dirían ellos. En cambio dicen que CHORREAR es «salir el líquido *lentamente* y goteando.» ¡Aquí del capitán que explicaba á los quintos las medias vueltas! Media vuelta á la derecha es lo mismo que media vuelta á la izquierda,

sólo que es todo lo contrario. Eso les sucede á los verbos gotear y chorrear; son lo mismo, sino que son todo lo contrario.

En el artículo de CHORRO faltan los baños, el de *chorrón* sobra por entero, y también el de *chova*, porque esa «*especie de cuervo* mayor que la paloma, parduzco por el lomo y lo demás negro, que vive en bandadas como los otros cuervos», debe ser en efecto un cuervo como los demás ó una *cuerva* como la pasada. También sobra la *choya*, y la noticia de que el chozo sea choza pequeña, porque más bien es lo contrario. Así como CHUCHA, es treta, industria ó maña, antes que perra y que interjección, y los académicos olvidan aquel significado ó no le saben. Y eso que un poco más abajo dicen que CHUCHEAR es «cazar con industria,» pero lo dicen porque lo encontraron así, y no se toman la molestia de discurrir ni abren los ojos.

CHUFEAR no está anticuado, es mejor y más racional que CHUFAR, y no tiene nada que ver con la CHUFA, sino que es voz imitativa del sonido que se produce apretando la lengua contra la encía superior y separándola rápidamente, lo cual se hace en señal de disentiimiento ó de desprecio.

Chulamo, por muchacho, es pura tontería; CHUPA no es parte del vestido que *cubre* el tronco, sino que *cubría*, cuando más, porque ha caído tan en desuso, que ni los dómines la

llevan; *chupete* no es nada sin el *re*, ni se dice «ser una cosa de chupete,» sino de RECHUPETE; *chupón* es, además de lo que el Diccionario dice, la chimenea de las cocinas de trébede (palabra que falta); *churriburri* no se dice, sino ZURRIBURRI, ni *churrillero* y *churrullero* tampoco, sino CHURRUTERO y ZURRUTERO; *churruscarse* no se dice, sino CHARRUSCARSE; y el CHUZO no es «palo armado de una punta aguda de hierro», sino «hierro agudo mangado en un palo»; es decir, que el chuzo no es el palo, sino el hierro, que aunque se le quite el palo seguirá siendo CHUZO, desmangado, pero chuzo; mientras que el palo sin el hierro no es chuzo, ni nada más que un palo como otro cualquiera, igual que un académico en quitándole esta cualidad y las dietas, se queda hecho un simple.

No es esto decir que con las dietas no lo sean ó lo sean menos, pues siempre lo son mucho; todo lo que se necesita serlo para consignar la frase *á chuzos*, y decir que es «modo adverbial figurado y familiar» que significa «en abundancia y con mucha fuerza ó ímpetu», y que se usa con los verbos *llover*, *granizar*, etc., cuando ni hay tal frase ni tales significaciones, ni se dice *llover á chuzos* ni *granizar á chuzos* en ninguna parte. Lo único que hay de los CHUZOS en relación con la lluvia y el granizo son estas otras frases, «aunque lluevan chuzos», «aunque caigan chuzos», y «aun-

que caigan chuzos de punta», con lo cual se denota la firme decisión ó la grave necesidad de salir de casa ó emprender un viaje, por malo que esté el tiempo.

Se conoce que algún académico de esos que lo ignoran todo, que son los más, oyó por casualidad esta frase, «aunque caigan chuzos», trató de retenerla, se le olvidó, y al querer recordarla, ayudado de su falta de sentido común, le salió la otra de *llover á chuzos*, y así la plantó en el desventurado libro.

Decía uno que no había cosa más fácil que aprender inglés, y añadía para demostrarlo:

—No tiene nada que hacer, porque no hay más que saber esto que ello mismo lo está diciendo: *Flin-flan*, huevos duros, *ingulis mangulis*, manteca de Flandes, y lo demás como en castellano.

Muy semejante idea creo yo que tienen los académicos de lo que es hacer un Diccionario de nuestra lengua: también les debe de parecer sumamente fácil, como que para ellos no hay más que poner «CONEJO, cuadrúpedo, especie de liebre»; «LIEBRE, cuadrúpedo parecido al conejo»; «coto, pez algo más pequeño que una rana»; «CUERVA, especie de cuervo»; «CUCAR, guiñar un ojo»; «CULEBRA, animal sin piés»; «cuetzale, pájaro cubierto de plumas»; «diminuto, defectuoso...» y lo demás lo mismo que en latín.

Por eso ponen *dama*, y dicen que es gamo; y *damnar*, diciendo que es condenar; y *damnado*, condenado; y *debelación*, acción y efecto

de *debelar*; y *debelar*, rendir por las armas; y *decolación*, degollación; y *decor*, decencia; y *decora*, hermosa; y *decremento*, disminución (*diminución* dicen ellos); y *dedignar*, desestimar; y *defácil*, fácilmente; y *dehortar*, disuadir; y *deleto*, borrado; todo igual que en el *Calapino* y en el novísimo *Diccionario del marqués de Morante*.

Si los académicos tuvieran un poco, no de sabiduría, que esto fuera ya pedir demasiado tratándose de *Chestes*, *Cañetes*, *Pidales* y otros *Catalinas* por el estilo, sino simplemente de sentido común, habrían quitado ya del *Diccionario castellano* todas estas palabras latinas, sacadas por sus antecesores del *Fuero-Juzgo*, que no es texto castellano, como he demostrado en otra ocasión, y de otros libros menos respetables. Pero como «no se propende á quitar», según decía en estilo académico y voceilla desentonada *Marcelino*, sino que se propende á cobrar, casi exclusivamente, ó á lo sumo á cobrar y á cultivar el disparate, todo el *Diccionario* está empedrado de palabras latinas que en castellano no tienen uso, ni desde que se formó la lengua le han tenido nunca.

Vale Dios que no pecan sólo por aquí los académicos, sino por otros muchos capítulos. Así, por ejemplo, comenzando la letra *D*, llegan á la palabra *DADO*, y en el primer artículo que dedican al *DADO* de jugar, ponen, entre

otros refranes, éste: «Cuando te dieren el buen *DADO*, échale la mano», en donde la palabra *DADO* no significa instrumento de juego, sino dádiva ó don, y por tanto, el citado refrán no debiera estar en aquel artículo, sino en el siguiente, dedicado al *DADO* don ó dádiva, que ellos llaman neciamente *donación* y neciamente dicen que está anticuado.

En la palabra *DALGO* no hacen referencia ninguna á la palabra *HIZO*, con la que casi únicamente se usaba, y en cambio dicen que precedida de estas otras: *hacer mucho*, significa «tratar con agasajo y regalo.»

Por cierto que no tratan ellos así al idioma cuando dicen un poco más adelante que *DALLE* es «*hoz para segar...*» ¡*Hoz...* para segar! ¡No, que sería para hacer adobes! Lo que hay es que el *DALLE* no es *hoz* sino *GUADAÑA*, que aunque también es para segar, no es lo mismo que la *hoz*, ni apenas se parecen. Pero ¿por qué han de saber los académicos estas cosas? ¡Bah! Si entendieran de esto y de todo lo demás que ignoran, que es muchísimo, ¿qué necesidad tenían de meterse á académicos?... Para ellos *guadaña* y *hoz* todo es para segar... y todo es uno, como *carraca* y *matraca* también era todo uno, porque todo era para hacer ruido, y como... ¡*jabón* é *hilo morado* todo es para la ropa.

Después... *dancaire* dicen que es «el que juega por otro y con dinero de él», sin que se

haya podido averiguar si el del dinero es del otro ó del uno. Verdad es que á nadie le importa. Como tampoco le debe importar á nadie que *dango* sea *planco*, y *planco* sea *planga*, y *planga*, *planco* y *dango* «*especie de águila que tiene las plumas manchadas (¡la grandísima puerca!) de blanco y negro*», con la circunstancia agravante de que si no se lava las manchas es porque no quiere, puesto que, según añaden los señores, «vive cerca de las lagunas.»

DAÑABLE cualquiera cree que es capaz de recibir daño; pero los académicos le hacen activo y dicen que es «perjudicial y gravoso». También dicen que DAÑAR es condenar, sin otra razón que la de venir del latín *damnare*. Y también dicen que DAÑINO es «el que daña ó hace perjuicio», en lo cual, por raro que parezca, no van descaminados del todo, aun cuando para merecer el dictado de DAÑINO no basta hacer daño alguna vez, sino que hay que hacerlo ordinariamente por inclinación ó por costumbre; pero luego, sin reparar en que cualquiera puede decir de ellos que son DAÑINOS para el castellano y aun para el presu- puesto, añaden que «dícese de algunos animales».

Ponen *daquén*, contracción de «de aquende», y *daquí*, contracción de «de aquí», palabras que no ha usado nadie hace siglos, y no ponen DAQUÉN, alguien, ni DAQUÉ, algo, al-

guno, na, que se usan hoy todavía en Asturias y sus confines.

En el interminable artículo dedicado al verbo DAR hay muchos ripios, muchas acepciones repetidas innecesariamente; y en cambio, faltan otras muy usadas, como la de arraigar los árboles plantados por determinado procedimiento, la de aclimatarse las plantas, la de madurar las frutas y las mieses. De modo que, si la Academia tuviera autoridad, nadie se atrevería á decir que los chopos se dan á estaca, que en León no se da el eucalipto, que el membrillo se da en Setiembre, ó que los centenos se dan antes que los trigos.

Además, entre las frases en que juega el verbo DAR las hay tan graciosas como la de DAR ALGO, de la que dicen los académicos que es «*maleficiar, dar hechizos (sic) en comida ó bebida*.» De donde se deduce que á estas alturas, cuando ya el conde de Cheste no se pone «el excelentísimo señor Frey D. Juan Manuel González de la Pezuela,» como en el año 52, sino «el Exemo. señor D. Juan de la Pezuela y Ceballos», á estas alturas, en el último cuarto del siglo XIX, quizá no todos los académicos de la Española crean en Dios Nuestro Señor, pero todos creen en agujeros, hechicerías y cosas supersticiosas; todos creen en brujas; todos, mucho menos ilustrados que Sancho Panza, creen en «maleficios» y en «hechizos que se dan en comida ó bebida.»

Y no digo nada de otras frases como la de «*dar cinco de corton*», que es una mera tontería cuyo lugar podría ocupar con mejor derecho la omitida de *dar quince y raya*.

Dardabasi...¿--Sí?--Sí, señores, sí; *dardabasi* diz que es una «especie de gabilán ó milano que no se domestica (¿será académico?) y que se sustenta de carne y de *las sabandijas del campo*.»—¡Qué manera de escribir!—De carne y de *las sabandijas*... Y si de *las sabandijas*, ¿por qué no de *la carne*? De todos modos, la desgracia es que las *sabandijas* hayan de ser precisamente del campo, que si no, ya estaban remediados los académicos: no tenían más que hacerse con un *dardabasi* ó con una bandada de ellos, para que se comiesen las *sabandijas*, es decir, los sapos y culebras que hay en el Diccionario.

LVII

Es cosa muy reciente, ha sucedido la otra tarde, y, para que se vea el prestigio que por donde quiera van teniendo los académicos, voy á contarla.

Se había reunido el Congreso en secciones para nombrar las comisiones permanentes, y en la sección primera, presidida por el señor Cánovas, leía el secretario:

—«Comisión de corrección de estilo: viene indicado el Sr. Martínez Aguiar...»

Había en la sección tres académicos: el presidente, Mariano Catalina y el marqués de Pidal, que dijo:

—Señores: para la comisión de corrección de estilo parece natural que sea elegido un académico; propongo al Sr. Catalina.

—No, no—exclamaron con espontánea unanimidad los diputados.

—Señores—dijo entonces el Sr. Martínez Aguiar:—de ser algún académico el elegido,